

dres, con lo cual sería una liga ó alianza desde el mar hasta la Suiza. La restauracion de Ulrico de Wurtemberg en sus dominios habia de ser el primer golpe dirigido contra el poder del rey Fernando, mientras la alianza con Venecia debia cerrar al emperador el camino á Alemania.

No pudo escogerse mas desgraciadamente la época en que habia de realizarse esta coalicion contra los Habsburgos. Carlos V habia hecho la paz con todos sus contrarios y Soliman habia emprendido la retirada. En estas condiciones produjo en Venecia singularísima impresion el ofrecimiento de una alianza que de parte de Zurich hizo al gobierno de la república un enviado de Zwinglio. Los mismos ofrecimientos se hicieron á la corte de Francia por via de sus embajadores, pero aquella corte, sin imitar la cortesía de los venecianos, rechazó la proposicion con burla y desprecio. Por eso uno de los embajadores dijo que la corta inteligencia de los franceses no les permitía comprender el profundo significado del ofrecimiento. El elector de Sajonia y sus correligionarios, luteranos rígidos, antes de entrar en la alianza ofrecida exigieron que los zwinglianos admitieran previamente los artículos convenidos en Schwabach. Lutero habia aconsejado al elector, su soberano, que hiciese valer ante el emperador el mérito de haberse mostrado contrario á los zwinglianos; y las mismas ciudades de la Alemania del Sur ya no se mostraron dispuestas á excitar contra sí al emperador uniéndose á los suizos. El resultado que dieron las negociaciones del landgrave y de Zwinglio fué un convenio de reciprocidad de residencia para los reformistas, hecho con la ciudad de Estrasburgo en enero de 1530, y otro análogo en julio del mismo año entre el Hesse, Zurich y Basilea; Berna se negó á adherirse al convenio. Por otro lado, Felipe de Hesse hizo una alianza con el duque católico Enrique de Brunswick-Wolfenbützel. El rey de Dinamarca prometió como contingente doscientos jinetes; pero con medios tan insignificantes no habia que pensar en hacer la guerra á Carlos V, y así se frustraron todos los planes de gran política de Felipe de Hesse y de Zwinglio. Para este último y para su obra, el mal éxito de las negociaciones tuvo consecuencias mas funestas que las que sufrieron los protestantes alemanes, los cuales con inexplicable ceguera parecian dispuestos á entregarse indefensos á la merced del emperador, cuyas palabras amables y pacíficas, completamente contrarias á las hasta entonces usadas por él, engañaron á aquella gente como á verdaderos niños en política. El mismo Lutero habia perdido toda su ferocidad del tiempo del parlamento de Worms, tanto que para muchos reformistas aquel adalid de la libertad religiosa se habia transformado en un «moderno Papa.»

CAPITULO IV

LA CONFESION DE AUGSBURGO Y LA LIGA DE SMALCALDA

Un documento oficial de Zurich llama al emperador, al dirigirse éste á Alemania, «el Mesías de los curas.» No hay duda que Carlos V, que en sus tratados de paz con el Papa y con Francia recomendó la supresion de la herejía, y que en su coronacion de emperador habia aceptado de nuevo las obligaciones de protector de la Iglesia romana, estaba decidido á acabar de una manera ú otra con los protestantes alemanes, cuyos embajadores, al presentar en Italia su protesta levantada en Spira, fueron puestos en prision durante algun tiempo y uno de ellos, Miguel de Kaden, que le habia presentado por encargo del landgrave un pequeño escrito francés á favor de la reforma, se salvó de peor suerte evadiéndose á tiempo. Durante el viaje el legado Campeggi entregó á Carlos otro escrito que recomendaba al emperador el pro-

bar primero con los herejes la via amistosa para convertirlos y emplear contra los refractarios la hoguera y la espada; porque decia que la obstinacion de los alemanes era antigua, como lo probaba la lucha de Carlomagno contra los sajones, por lo cual era menester evitar gradual, pero radicalmente, todo peligro de contagio por medio del establecimiento de una inquisicion, tomando por modelo la española. Tambien el anterior confesor de Carlos, el fraile Garcia de Loaysa, enviado entonces á Roma para vigilar los actos del Papa, vió en el empleo de la fuerza el único remedio contra la herejía, y es curioso ver la libertad que este celoso fraile se tomaba al reconvenir al emperador, el mas laborioso de todos los monarcas, por su indolencia y buena vida, diciéndole que en su persona real luchaban siempre la pereza y la gloria, y que deseaba que en provecho y honra suya venciera en Alemania á sus naturales enemigos, la lujuria y el derroche de tiempo preciosos.

No entraba en el carácter de Carlos V el empleo de medidas enérgicas ni siquiera el prepararlas con decision antes de haber hecho el último esfuerzo para ver si lograba la sumision pacífica de los protestantes. La convocacion del parlamento fué redactada en los términos mas suaves y amables, diciendo que queria oír todas las opiniones con amor y buena armonía, para ver y meditar si podia llegarse á una sola verdad y union cristiana á satisfaccion de ambas partes, á fin de que todos tuvieran una religion única y que viviesen en concordia formando una Iglesia única tambien. El elector Juan de Sajonia creyó que el emperador se habia convertido al proyecto de un concilio nacional, del cual antes no habia querido oír hablar. El mismo elector estuvo ya desde bastante tiempo en negociaciones con el rey Fernando, con gran disgusto y desconfianza del landgrave de Hesse, su aliado, lo que celebraron triunfantes el legado y demás católicos al ver que el espíritu de discordia habia entrado en los herejes tanto en cuestiones religiosas como en las políticas. Al propio tiempo tomaron las cosas para los católicos un sesgo favorabilísimo en Innsbruck, donde Jorge de Sajonia y los duques de Baviera fueron á recibir y saludar al emperador. Volvió entonces á ingresar en el seno de la Iglesia católica Cristian II, el rey de Dinamarca, expulsado de su país; la corte de Munich echó, como suele decirse, la casa por la ventana para obsequiar al emperador y hacer olvidar sus tendencias anti-austríacas; y es fácil que el emperador se lisonjeara de que el puñado de príncipes y ciudades herejes renunciarían á su resistencia en vista de la union entre el poder de los Habsburgos y la gran mayoría de los magnates del imperio. Tambien es seguro que aun en este caso habria castigado á los sumisos por su anterior indocilidad, como puede desprenderse de lo que dijo Fernando á su hermano, á saber: que habia muchos motivos y pretextos para castigar á los díscolos, una vez sometidos, sin echar mano de motivos religiosos.

Por lo pronto, Carlos estaba decidido á mostrar buena cara á los soberanos alemanes, sin exceptuar á los que habian protestado. Su ignorancia completa del idioma alemán hacia imposible todo trato algo íntimo, pero á pesar de su habitual inaccesibilidad sabia ganar el afecto de los hombres cuando le convenia. El elector Juan, Melanchton y otros alemanes quedaron convencidos en Augsburgo de que Carlos era persona de natural benévolo y blando; y Lutero le llamó aun despues «este querido, piadoso é inocente emperador, el verdadero padre de Alemania, cuyos milagrosos triunfos eran seguramente obra de Dios y debia tener por fuerza un ángel bueno.» Hasta la reserva de Carlos era una recomendacion para el verboso reformador, que dijo de él que en todo un año no hablaba tanto como él, Lutero, en un

dia. Tiene algo de conmovedor el ver cómo aquella gente piadosa é ignorante del mundo desea poder amar á su emperador y cómo rechaza toda sospecha sobre su carácter. Les repugnaba ver en él al enemigo mortal del Evangelio y atribuían toda la culpa á su odiado hermano. Jonás escribió que ni remotamente se podia encontrar en él la falacia italiana.

Tambien se engañó el emperador al creer que podia hacer vacilar á los príncipes que habian firmado la protesta; porque ya en las ostentosisimas solemnidades de la entrada en Augsburgo, que se efectuó en 15 de junio, quedó en pié Juan de Sajonia mientras sus colegas los otros príncipes electores hincaban la rodilla cuando el legado pronunció la bendicion. Por la noche del mismo día citó el emperador para su alojamiento á los príncipes reformistas, y entre ellos á Juan de Sajonia, y sirviéndole el rey Fernando de intérprete les mandó que en adelante impusieran silencio á sus predicadores y que al dia siguiente tomaran parte en la procesion del Corpus. A esto no accedieron; el marqués Jorge declaró rotundamente que preferiria arrodillarse y hacerse cortar la cabeza antes de renegar de Dios y de su palabra, y el landgrave dijo: «Vuestra conciencia imperial no es señora y dueño de las otras conciencias.» El emperador acompañó á la procesion con la cabeza descubierta, á pié y bajo el sol de mediodía; pero los protestantes no asistieron y calificaron la conservacion de esta solemnidad eclesiástica de malignidad desesperada, de descaro y frivolidad. Era la primera vez que Carlos V oía semejante lenguaje, que confirmaba en un todo lo que Campeggi le habia advertido ya, á saber: que los herejes eran por su carácter obstinados hasta lo último. Si ahora preguntamos lo que decidió á estos señores alemanes á presentarse así á su jefe legítimo, no encontramos otra contestacion posible sino la de que estaban decididos á arriesgarlo todo por sostener su conviccion religiosa. En esto no tuvieron otros motivos sino los puramente morales, porque toda reflexion sobre ventajas y perjuicios materiales los habria decidido á acceder á la voluntad manifiesta del emperador. Verdad es que entonces conservaban todavía la esperanza de justificar su conducta ante el emperador y aun ante la Iglesia de Roma; y el príncipe elector Juan, tan pronto como se tuvo noticia de la convocacion del parlamento, hizo redactar por sus teólogos un programa para las discusiones que segun él creía habian de celebrarse en el parlamento, en cuyo programa se trataba en cuanto era posible de insistir sobre la concordancia que la nueva doctrina tenia en muchos puntos con la religion católica. Este programa además ofrecia grandes concesiones tocante á la constitucion eclesiástica. El elector tuvo que renunciar al deseo de llevar á Lutero al parlamento á la cabeza de los mas afamados teólogos sajones, pues que Lutero estaba declarado fuera de la ley, y hasta el consejo municipal de Nuremberg le negó un salvo-conducto para atravesar su territorio. Por tanto el reformador continuó en su asilo en el castillo de Coburgo, desde donde siguió, á menudo en la mayor agitacion, la marcha del asunto, que se decidió muy á prisa tan pronto como hubo llegado el emperador. El 20 de junio se abrió el parlamento con un oficio al cual asistieron, además de los otros dignatarios, el elector de Sajonia en calidad de porta-espada del emperador, el marqués Jorge y el landgrave de Hesse. El nuncio Pimpinelli, uno de los seis cardenales presentes, estuvo encargado del sermón y se abstuvo en él de citar nominalmente á Lutero, pero dijo que si no se queria hacer caso de San Pedro con las llaves, intervendria San Pablo con la espada. El emperador anunció que él nombraría á los oradores que en adelante habian de pronunciar los sermones y que éstos habian de atenerse estrictamente á la palabra de Dios, es decir, que solo habian de servirse del texto de los Evangelios y de las Epístolas. Cam-

peggi, que secretamente excitaba al emperador contra los herejes, usó en su primer discurso ante el parlamento un lenguaje templado y recomendó, conforme á la opinion de la mayoría, que se diese la preferencia á la cuestion religiosa en los debates que iban á abrirse. Los reformistas debian leer ante el emperador y el imperio los artículos de su confesion de fe en 24 de junio; pero á instigacion, segun parece, del rey Fernando, fueron interrumpidos en su lectura; y habiendo insistido en continuarla, fueron citados para el dia siguiente al alojamiento del emperador, que residia en el palacio episcopal, donde el 25 de junio fué leído públicamente en voz clara é inteligible para todos los presentes por el canceller sajón Cristian Bayer el documento en lengua alemana que despues ha adquirido fama universal bajo el nombre de «Confesion de Augsburgo.» Aquel dia seguramente debió de sentir el emperador mas que nunca su ignorancia del idioma alemán; pero lo admitió escrito en latin y alemán y obligó á los firmantes á no publicarlo por la imprenta. Estos firmantes fueron los mismos que habian protestado ya en 1529, á saber: el príncipe elector Juan, su hijo Juan Federico, el marqués Jorge, los duques Ernesto y Francisco de Luneburgo, Wolfgang de Anhalt, el landgrave Felipe y las ciudades de Nuremberg y Reutlingen. Muchas personas manifestaron su noble satisfaccion por haber confesado solemnemente una fe que las autoridades mas elevadas habian excomulgado y declarado fuera de ley en vano, y el mismo Lutero se mostró contentísimo de haber tenido noticia de este acto antes de morir, no obstante que la confesion de fe no fué obra suya sino de Melanchton. Lutero la juzgó en 15 de mayo en estos términos: «Me gusta este trabajo, y no encuentro nada que enmendar ni modificar en él, ni convendria que lo hiciese, porque yo no puedo expresarme tan suavemente.» En esto vemos perfectamente retratadas la ruda franqueza de Lutero, que en los artículos de Schwabach calificó la misa de la mayor de las abominaciones, y la flexibilidad de Melanchton, que como teólogo y diplomático sustituyó á Lutero, obedeciendo á la fuerza de las circunstancias tanto en la redaccion de la confesion de fe como durante los debates del parlamento. Parece que viéndose libre del genio dominante de Lutero, se manifestó en Melanchton, mas que el reformista, el erudito á manera de Erasmo; pues en aquel escrito, que antes que confesion de fe parece defensa contra las acusaciones católicas, procuró alargar la mano de hermano hasta donde le fué posible á los católicos, marcando como Lutero la conexion leal de la fe evangélica con la Iglesia antigua, evitando tocar los puntos de divergencia absoluta y pasando algunos en silencio, como hizo con el derecho divino del pontificado, el carácter indeleble del sacerdocio y el número siete de los sacramentos. Además, en la exposicion de la doctrina de la Eucaristía se expresó tan ambiguamente, que los teólogos del emperador solo tuvieron que lamentar la ausencia del reconocimiento expreso de la transubstanciacion. No se menciona la doctrina tan absoluta de la predestinacion y para la justificacion por la fe, como para otros principios fundamentales de los reformistas, aduce aquel documento el testimonio de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia. En todo se ve el afán de probar que era injusto el excluir á los reformistas de la Iglesia y de dar á todo el asunto el color de una mala inteligencia respecto de algunas tradiciones y de algunos abusos. Con todo, temió todavía Melanchton que muchos le tacharan de demasiado franco, sin ver que para los contrarios no habia mas alternativa que una sumision incondicional ó la condenacion por herejes. Ranke opina que en este documento late todavía el espíritu de la Iglesia católica y hasta se conserva dentro de sus límites. Sin embargo, aunque fuesen auténticos los juicios favorables de algunos prin-

cipes y prelados católicos que citan los protestantes, sería desconocer la índole de la Iglesia romana admitir otro resultado que no sea una inteligencia igual á la que cabe entre el vencedor y el vencido. Melancton había creído desde un principio que separando la nueva doctrina completamente de la de Zwinglio produciría la mejor impresión entre los católicos y sobre todo en el emperador; y en este sentido se expresaron los predicadores luteranos en Augsburgo antes de la llegada de Carlos. Sin embargo, el landgrave Felipe, con gran sentimiento de los luteranos, continuó prefiriendo al orador zwingliano, Miguel Keller, el cual rechazaba sobre todo con energía la acusación hecha por los luteranos de que los reformados ó sean los partidarios de Zwinglio eran un partido revolucionario y belicoso, y recordó á Melancton y Brenz, sus «hermanos en Cristo,» que justamente sus excitaciones podían producir una persecución sangrienta de los zwinglianos y quizás una guerra entre el emperador y los príncipes, por una parte, y los suizos, las ciudades y los campesinos por otra. Hay que saber que en opinión de Melancton los zwinglianos, á pesar de su rigor contra los anabaptistas, eran tan malos como éstos y las autoridades debían proceder lo mismo contra los unos que contra los otros. Precisamente en 1530 expresó Melancton la convicción de que los gobiernos debían castigar con la pena de muerte no solamente las doctrinas revolucionarias sino también las dirigidas contra Dios. El landgrave Felipe continuó á pesar de todo su correspondencia con Zwinglio, pero en Augsburgo no hubo oídos para su doctrina. Butzer y Capiton trataron en vano de ponerse en comunicación con Melancton, pero éste no quiso comprometerse con personas religiosas y políticamente tan sospechosas. De ahí resultó que las ciudades no luteranas que habían tomado parte en la protesta no pudieron responder unidas con los luteranos delante del emperador, al cual tuvieron que presentar, como lo hicieron en 11 de julio, su confesión de fe separada, que redactaron á toda prisa dos teólogos de Estrasburgo. Este documento, por estar firmado por las cuatro ciudades, Estrasburgo, Constanza, Lindau y Meiningen, para distinguirlo de la confesión luterana fué llamado la confesión tetrapolitana y procura aproximarse, en la expresión de la doctrina de la Eucaristía, á la redacción de la confesión luterana. En 3 de julio envió Zwinglio al emperador una confesión personal y corta, en la cual marca expresamente como en otras publicaciones las divergencias entre Zurich y Wittenberg.

Entretanto Melancton prosiguió en el camino de reconciliación con los católicos que había emprendido, sin hacer caso de los escrúpulos crecientes de sus correligionarios, y se puede decir con Maurenbrecher que su actitud y su conducta en Augsburgo estaban más de acuerdo con los consejos de Erasmo que con las opiniones y convicciones de Lutero. En efecto, Erasmo, que había esperado en vano que el emperador le invitara á asistir á las conferencias de Augsburgo, no cesó de recomendar la paz en sus cartas tanto á Melancton como al legado del Papa y á otros jefes de los católicos. Entre los príncipes eclesiásticos asistentes al parlamento había muchos inclinados á la paz y contrarios á una guerra religiosa, y hasta entre las personas que rodeaban al emperador las había que deseaban una reconciliación. Los protestantes por su parte lamentaban la muerte de Gattinara, ocurrida antes de la reunión del parlamento, porque tenía fama de amor á la paz y de partidario de una reforma eclesiástica. Además de estos, decía Melancton que era posible entenderse con el confesor de Carlos, el fraile franciscano Juan de Quintana, y con el secretario Alfonso Valdés. Melancton envió las proposiciones de paz á manos del emperador, el cual las entregó á Campeggi, por cuyo medio lle-

garon á Roma. En ellas pedía Melancton la comunión bajo ambas especies, el matrimonio de los eclesiásticos, una modificación de la misa y la convocación de un concilio para dirimir las demás cuestiones y divergencias. Pero estas pretensiones, bien que apoyadas en parte por el legado, fueron rechazadas en Roma. Melancton había procurado granjearse la benevolencia del legado en Augsburgo por una amabilidad verdaderamente excesiva, y llegó á escribirle que los reformistas se hallaban en todos los dogmas completamente de acuerdo con la Iglesia católica y estaban prontos á obedecerla si ella, en virtud de la benignidad que en todo tiempo había mostrado para con todos los pueblos, permitiese pasar por alto ó aflojar algún tanto algunas cosas que los reformistas no podrían modificar aunque lo quisiesen. No pareciéndole esto suficiente, añade: «Veneramos la autoridad del Papa de Roma y la constitución y organización de la Iglesia con la mayor piedad, con tal que el Papa de Roma no nos rechace. No por otro motivo se nos odia tanto en Alemania sino porque defendemos con la mayor constancia y perseverancia las doctrinas de la Iglesia de Roma.» En un escrito dirigido á Egidio, predicador del emperador, dice también Melancton que solo trabajaba en favor de la paz con toda su fuerza para impedir la unión de los luteranos con los zwinglianos.

Inútil es decir que semejante mediación no fué agradecida por ninguna de las dos partes. Los católicos creyeron que Melancton hacía todo esto por venalidad, y entre los protestantes y principalmente entre los zwinglianos se dijo que Melancton no solamente chocheaba, sino que se había vuelto peor que un niño. Un partidario de la reforma establecido en Venecia, que había leído la carta de Melancton á Campeggi, aconsejó á los protestantes que no se fiasen ya de aquel hombre, que á todo se habría prestado antes de dar motivo á una guerra religiosa. Eck, Faber, Cochlaeus y otros teólogos católicos redactaron en 3 de agosto una refutación de la confesión reformista, que leyeron al emperador, el cual la aprobó como suficiente, mandando intimar la sumisión á los protestantes, pues de lo contrario tendría que cumplir su misión de protector y administrador de la Iglesia; pero Melancton, impertérrito, secundado por Brenz y otros teólogos, renovó sus proposiciones de arreglo, que hasta cierto punto se parecen al *Interim* otorgado posteriormente por Carlos V. En ellas ofrecía la sumisión de los protestantes á la jurisdicción episcopal y que se contentarían con que se accediese á las pretensiones antes citadas, en caso necesario solo como concesión temporal, hasta la reunión del concilio.

Además de su deseo de conservar la paz, indujo á Melancton á la conservación de la autoridad episcopal lo defectuoso de la improvisada organización de la Iglesia luterana, y justamente con esta idea coincidió la repugnancia con que los obispos alemanes que asistían al parlamento miraban que se tratase de empujar á los protestantes á la violencia, como deseaban el rey Fernando, el elector de Brandeburgo, el duque Jorge, los duques bávaros hermanos y el cardenal de Salzburgo. La verdad era que los tres príncipes electores eclesiásticos obedecían á la tendencia de Erasmo y eran también por razones políticas contrarios al empleo de la fuerza bruta. Así se llegó á nombrar en 16 de agosto una nueva comisión de catorce individuos entre príncipes, jurisperitos y teólogos de ambos partidos, que se propuso hacer posible lo imposible. Melancton, Brenz y Schnepf, predicador de Hesse, convinieron efectivamente con Eck, Wimpina y Cochlaeus en un término medio respecto de muchos puntos, llegando los luteranos hasta declarar admisibles la confesión auricular y los ayunos; pero todo se deshizo al llegar á la comunión. Los católicos ofrecieron á los luteranos

permitirles la comunión calixtina hasta la convocación del concilio, con permiso del Papa, pero bajo la condición expresa de que por su parte considerasen igualmente autorizada la comunión bajo una sola especie y declarasen indiferente el uso de la comunión en una ú otra forma. Si á esto

hubiesen accedido los reformistas habrían abandonado una parte importante de su doctrina; y aunque Melancton se ofreció á renunciar completamente á toda independencia del dominio material del clero, y hasta hubiera aceptado condiciones más duras todavía en vista de la espada imperial,

Warhafftige Abconterfeung
des Herrn Philippi Melanthonis.



© fides velleit so hatt begeben /
Des du Philippum bey sein Leben
Nicht bey geben / Nach nicht der Thun
Duanen sein sprach gar loben und zue /
Ja viel sachte in aller zeit
Denn Gottselig gefasste ist
Zuch nicht grüben bey die Welt sein /
Welch ist gemitt / Gottes wohnung sein.
Zuch nicht die Augen die fernen
Ein Ketzers / Smit anzigem Flar.
Zuch nicht das Haupt / Welches fers und feli
Als ein Schandkammer ist gemitt /
Der Tugend voll / und auch in gleich
Von allen guten Knechten reich.
Es faren in die see / Haders Werck /
Und auff all ding gar eben merck /
Denn es gibt die gleich ein Zerricht /
Von sein lebende Angericht.

Gewesen sey / Denn hier ist gemitt /
Wie er gemitt / eustlich gefasste.
Denn Zuegen / Smit / Thun und Wun /
Und wie er teglich ist gegangen. (Gen /
Die ist als wol getroffen hier /
Zuch das fers verlanben vitz /
Und sein Verwunnt / von Gschicklich /
Dangert / und sein Scherffinnigheit /
Ein feld Werck / so nach sein Zuecht /
Ein Welter hundert / mit all vmb fess /
Ist nicht nicht an den mit der hand /
Sich er gleich / Zuecht verlanben /
Philippus aber fider hat
In seinen Scherfften mit der zue
Ein Welter fers verlanben gar eben
Und haben Gmats an tag gegeben /
Denn er hat / fide sein eigne geben
Denn die faren. So tu will beben

Der fider einen vollen verlanben /
So ein die Zuecht vor der hand /
Denn er mit haben / fess gefasste /
Und ebenlich mit erst getroffen /
Die lies du durch / Denn sie gar eben
Denn Welter ebenlich die geben.
Zuch den ist nicht allen sein Lobe /
Und seine meinung offenbat /
Denn eben von vordlichen fiden /
Gondern sie auch bekande thum machten /
Die seine Wunnt / was sein hand /
Gewitt sey / und all fere / eben machten

Felipe Melancton

Facsimile de un grabado de Lucas Cranach publicado después de la muerte de Melancton

que ya se representaba en su imaginación desvanecida, había un límite, más allá del cual sus correligionarios de la comisión no querían seguirle. Melancton, en una comisión reducida á seis individuos, hizo el último esfuerzo para llegar á un acuerdo, reiterando sus ofrecimientos y sobre todo la sumisión al restablecimiento del episcopado. Entretanto Lutero desde el castillo de Coburgo levantó la voz dirigién-

dose á sus amigos y á los príncipes, porque reconociendo la buena voluntad de Melancton comprendía también su carácter pusilánime y sus cálculos optimistas. A Spalatino escribió: «Os habeis propuesto la obra maravillosa de poner de acuerdo al Papa y á mí; pero el primero no querrá conformarse y el segundo tampoco, y si á pesar del uno y el otro llegais á conseguir vuestro objeto, yo seguiré vuestro ejem-

plo y reconciliaré á Cristo con el diablo.» Respecto de la jurisdiccion de los obispos, opinaba Lutero que seria la del verdugo, «pero yo quedo libre, dice, y libre queda tambien el landgrave Felipe; continuad vosotros libres tambien, tened valor y proceded varonilmente.»

En efecto, el landgrave Felipe y el elector Juan salvaron lo que Melancton y sus compañeros se esforzaban por perder. «Cuando considero la firmeza de nuestros príncipes, escribe en una carta Brenz, me avergüenzo de que nosotros, gente baja, tengamos tanto temor al emperador.» Causó grandísima impresion que el landgrave en 6 de agosto saliera de Augsburgo furtivamente sin haber obtenido licencia del emperador y despues de haber declarado en su presencia que continuaria en su fe aunque le hubiera de costar la vida. El elector de Sajonia no cedió casi en nada al landgrave, cuyos en su decision en materia de Evangelio, á pesar de no tener el carácter apasionado de aquel y de que los luteranos firmes temieron durante algun tiempo que Melancton sedujese al anciano príncipe; pero éste jamás habria hecho algo importante sin consultar antes á su doctor, Martin Lutero. Para él era muy sencilla la situacion de sus teólogos, aparte de sus argucias: «No hay mas que dos caminos, dijo, renegar de Dios ó del mundo; que haga cada uno lo que mas le guste.» Posteriormente dijo Lutero que en su opinion el mismo Espíritu Santo habia transformado en Augsburgo á este pacífico príncipe en un héroe.

Melancton no comprendia cómo los príncipes protestantes descuidaban el hacer la corte al emperador á favor de la paz y de los católicos moderados. El ardiente elector Joaquin de Brandeburgo dijo, segun parece, que si el elector de Sajonia no abandonaba la nueva doctrina, el emperador les quitaria á él y á sus partidarios todo lo que tuviesen, sin exceptuar la vida; pero los protestantes continuaron en su resistencia á las exigencias exageradas de los católicos; y el emperador creía, al verles aceptar su promesa de reunir un concilio, que se someterian y volverian al fin á la religion que habian abandonado. Las negociaciones continuaron hasta mas allá de la mitad del mes de setiembre y el elector de Sajonia se mostró dispuesto á conceder al emperador, hasta la reunion del concilio, la administracion de los conventos confiscados; pero esta concesion no hizo mas que suscitar nuevas exigencias de parte de los católicos, como el restablecimiento de la misa antigua. En 22 de setiembre el emperador y la mayoría católica presentaron un proyecto de acta de clausura del parlamento, en el cual, fundándose en la Biblia, el emperador concedia á los protestantes un plazo hasta el 15 de abril siguiente para decidir si querian someterse ó no á la Iglesia respecto de los puntos litigiosos hasta la apertura del concilio, ofreciendo no publicar hasta entonces nada nuevo en materia de religion, pero prohibiendo impedir y menos abolir el servicio divino católico en sus territorios y mandando proceder en union del emperador y del imperio contra los anabaptistas y los zwinglianos. Si los protestantes hubiesen aceptado esta acta de clausura falaz habrian pronunciado su propia sentencia de muerte, pero protestaron ante el emperador como en 1529 habian protestado ante el imperio. La ruptura quedó hecha y completa, y el elector Juan se despidió del emperador con lágrimas en los ojos.

Carlos V, despues de la marcha de los príncipes reformistas, trató de atemorizar á las ciudades que habian firmado la protesta y cuya division entre sí se habia manifestado en Augsburgo con mayor decision que el año antes en el parlamento de Spira. Su defecto antiguo, la desconfianza mútua, habia recibido con la division religiosa nuevo alimento, y hasta entre las ciudades partidarias de la doctrina zwingliana

se manifestaron extremos irreconciliables. Las ciudades de Nuremberg y Reutlingen ocultaron durante algun tiempo su ingreso en la confesion luterana á las demás ciudades, sin exceptuar á las luteranas mismas; el representante de Ulma no tuvo política clara, y la ciudad de Biberach habia encargado á su embajador ó representante que siguiera el ejemplo de Ulma, ya se declarase esta localidad por el catolicismo, ya por la religion luterana ó por la zwingliana. Meiningen pareció decidida, á pesar de la desercion de ciudades mas grandes, á continuar siendo el Belen de la reforma; pero Nordlingen se puso bajo la direccion del predicador Billicanus, hombre variable, que entonces mismo abjuró en Augsburgo ante Campeggi y ante un inquisidor de Maguncia sus errores reformistas. En presencia de semejante division deberian haber tenido efecto los mandatos del emperador, cuyos agentes no se olvidaron de decir á los representantes de las ciudades que sus amenazas no eran palabras vanas; pero á pesar de todo hubo gran número de ciudades que no se dejaron intimidar y continuaron en su indocilidad. La misma conducta siguieron Kempten, Heilbronn, Windsheim y Weisenburgo, que como Nuremberg y Francfort, Ulma, Halle y, con profundo disgusto del emperador, tambien Augsburgo se declararon contra el proyecto del acta de clausura, á pesar de tener esta última ciudad delante de sus puertas á su antiguo enemigo mortal, la casa de Baviera, y de albergar entonces dentro de sus muros al mismo emperador. En Ulma decidió la actitud de la ciudad la mayoría de los gremios, despues de haberles manifestado el alcalde Koraft que en caso de oponerse al acta citada les esperaban la destruccion de la ciudad, la pérdida de mujeres é hijos, la ruina y la muerte, mientras que en caso de aceptar el acta les esperaban la ira de Dios y la condenacion eterna. En vista de haberse pronunciado las mayores ciudades libres de la Alemania del Sur en sentido oposicionista, el emperador publicó en 19 de noviembre un acta de clausura del parlamento mucho mas rigurosa que el proyecto mencionado, segun la cual se mandaba la aplicacion del edicto de Worms, el restablecimiento de la jurisdiccion eclesiástica, la restitucion de los bienes de la Iglesia y la conservacion de los no confiscados, quedando encargado el tribunal supremo del imperio de velar por el exacto cumplimiento de estas resoluciones. Así, pues, se cerró el parlamento de Augsburgo con una declaracion de guerra del emperador y del imperio contra los miembros protestantes; y si el acta de clausura hubiera entrado realmente en vigor, no habria habido para ningun miembro soberano del imperio medio de continuar legalmente las modificaciones eclesiásticas introducidas en sus respectivos Estados. No sabemos cuáles eran las intenciones verdaderas de Carlos V y si pensaba seriamente en castigar á los disidentes y refractarios; pero es de suponer, en vista de su conocida índole de huir de todo procedimiento rápido, que le gustó tambien en esta cuestion encontrar motivos para aplazar toda decision definitiva. Esta cualidad de su carácter, unida á la multitud y complicacion de sus ocupaciones é intereses, fué siempre una de las mayores ventajas para sus contrarios y de consiguiente tambien para los protestantes alemanes, sin contar que además de la reforma religiosa y de la eleccion de Fernando para rey de Romanos, llamaron la atencion del emperador otros asuntos que exigian la mayor prudencia antes de adoptar ninguna resolucion. En primer lugar se presentaban la amenaza de un nuevo ataque de parte de los turcos y los esfuerzos vanos de Carlos para establecer relaciones amistosas con su antiguo contrario el rey Francisco I, al cual en el verano de 1530 le habian sido restituidos sus hijos y que se habia casado con Leonor, hermana del emperador. Se estaba tratando de otra union cuando se hizo la

paz; pero el regreso de Rincon, emigrante español y agente del gobierno francés, que habia ido á negociar en Constantinopla el apoyo de los elementos italianos descontentos, y además el asunto del divorcio de Enrique VIII, mantuvieron viva la desconfianza que el gobierno francés inspiraba á Carlos V. Un embajador del rey Fernando habia sabido que mas que nunca pensaba Francisco I en la adquisicion del Milanesado; y el ofrecimiento que hizo el rey de Francia de encargarse de la direccion de la guerra marítima contra los turcos, aumentó todavía la desconfianza. Por otro lado se presentaba el asunto del concilio, en cuya reunion estaba empeñado el emperador y que no podia efectuarse sin la cooperacion de Francisco I, tanto mas cuanto que la convocacion de este concilio enconstraba en Roma una resistencia disimulada pero decidida.

Se ha dicho que Clemente VII temia la reunion del concilio á causa de su nacimiento ilegítimo ó por otros motivos personales; sea de esto lo que fuere, el papado era adverso á toda idea de concilio desde mucho tiempo y á pesar del resultado del último, del cual no podia quejarse. Prevalian en Roma, como dice Maurenbrecher, los recuerdos del concilio de Basilea, sin contar que para todo poder absolutista son siempre molestas, aun en el mejor caso, las instituciones parlamentarias, y Clemente VII repugnaba, segun relacion de Loaysa, hasta el nombre de concilio como si fuese el nombre del diablo. Así el Papa, á medida que se convenció del firme empeño del emperador, se inclinó mas y mas del lado de la Francia, que manifestó muy pronto abiertamente su aversion al proyecto imperial.

El cardenal Loaysa, antiguo confesor de Carlos V, recomendó á éste en último y necesario caso la simple tolerancia con los herejes, pero su conviccion era «que estos herejes no podian ser curados sino de la manera empleada con todas las herejías anteriores desde la muerte de Cristo,» es decir, por la fuerza. Sin embargo, siendo por el momento mas urgente el peligro turco, recomendó al emperador «que dejara tranquilos por lo pronto á los bárbaros herejes y aun que se acompañara con ellos, con tal que le sirviesen fielmente, aunque fueran para con Dios peores que los mismos demonios.» Que deje, añadía, que sus almas vayan al infierno mientras sus cuerpos le obedezcan. El Papa tambien continuaba dispuesto á hacer, en caso necesario, concesiones á los protestantes y mientras Campeggi impulsaba al emperador á la guerra, el Papa declaró en confianza á uno de sus confidentes, en noviembre de 1530, que podrian admitirse el matrimonio de los eclesiásticos y la comunión en ambas especies; por manera que aun esta derrota de los principios de la Iglesia católica le parecia preferible á la reunion de un concilio.

Además de estas dificultades que resultaban de la situacion política general, las relaciones del emperador con los magnates católicos del imperio no se hallaban en tal estado que hubiese podido contar con todos en una guerra religiosa. Los miembros laicos habian hecho valer en el parlamento, con terror de Campeggi, sus antiguas quejas contra Roma y el clero; los príncipes eclesiásticos del imperio tampoco mostraban disposiciones belicosas, y además era un elemento muy desfavorable para la política guerrera del emperador el antagonismo de la casa de Baviera contra la de Habsburgo, la cual solo podia contar decididamente con el elector de Brandeburgo y Jorge de Sajonia. El duque Luis de Baviera procuró en Augsburgo ponerse en contacto con el elector de Sajonia para trabajar contra la eleccion de Fernando como rey de Romanos, para la cual estaban ganados con los medios de siempre todos los príncipes electores, á excepcion del de Sajonia. Pero la eleccion se verificó en 5 de enero

de 1531 en Colonia, ya que en Francfort reinaba la peste y por otra parte estaba acusada esta ciudad de herejía. Hallándose todavia en Augsburgo habia concedido Carlos á su hermano con toda solemnidad la investidura feudal de los territorios austriacos, incluso el ducado de Wurtemberg, para demostrar claramente al imperio, segun él mismo escribió á su hermano, «que nosotros dos somos una misma persona.» Solo se reservó su consentimiento para ciertos casos importantes, como la concesion de feudos de lanza y de monopolios, la formacion de alianzas y las declaraciones de fuera de la ley. El elector de Sajonia protestó contra la eleccion del rey Fernando, pero sin éxito inmediato, porque ya antes de la eleccion se habia tomado en consideracion la exclusion de este príncipe, para cuyo caso habia extendido Clemente VII una bula por la cual le quitaba su voto por ser hereje, y al mismo tiempo habia enviado otra bula para la admision del voto del elector Juan, á fin de que el emperador y los suyos usaran de la bula que mas les conviniese. Elegido rey de Romanos el rey Fernando, juró en su capitulacion electoral cumplir el acta de clausura del parlamento de Augsburgo y firmó con los cinco príncipes electores una alianza defensiva por diez años, en la cual estaba tambien previsto el castigo eventual de cualquier rebelde. Al mismo tiempo, al efectuarse la coronacion en Aquisgran, se tomó en consideracion en el consejo imperial la proposicion de una alianza con todos los miembros católicos del imperio, «no solamente para hacer frente á un ataque, sino para ganar por la mano á los refractarios.»

Esta vez, sin embargo, se habian anticipado los refractarios. El belicoso landgrave, que se habia aliado con Enrique de Brunswick á favor del duque desposeido de Wurtemberg, entabló tambien negociaciones con Leonardo de Eck, no obstante la diferencia en materia religiosa, porque los señores de este último, los duques de Baviera, no deseaban otra cosa mas que anular la eleccion del rey Fernando, para impedir que se hiciese demasiado peligroso dentro del imperio. El elector de Sajonia habia renunciado tambien á su principio de obediencia pasiva, y el mismo Lutero se habia conformado en Coburgo con la idea belicosa escribiendo á Jonás en 20 de setiembre de 1530: «Si resulta la guerra, que resulte, hemos orado y hemos hecho bastante.» Entonces se hallaba en camino Butzer para ver si lograba en una entrevista personal con Lutero un arreglo entre los luteranos y los zwinglianos, aunque fuese dando á este asunto una forma que hiciese creer á Lutero y á los zwinglianos que Lutero no habia concedido nada. Poco despues el conde Alberto de Mansfeld, que habia dejado al elector de Sajonia en Augsburgo, entró en negociaciones confidenciales con la ciudad de Estrasburgo con el objeto de ver si se llegaba á realizar el fracasado proyecto de la liga de Smalcalda, porque lo que entonces habia separado al gobierno de Sajonia de las ciudades de la Alemania del Sur, á saber, su union con los zwinglianos suizos, podia aprovecharse á la sazón para realizar aquella liga. Para este caso se decidió que los príncipes de la Alemania del Norte socorrieran á sus aliadas las ciudades del Sur con caballería y estas á los príncipes con infantería. Los sucesos de Augsburgo habian acabado súbitamente con los escrúpulos de los luteranos y sobre todo del mismo Lutero, que aunque de mala gana, se dejó convencer por los juriscultos sajones, que en el año anterior ninguna impresion habian producido en su ánimo. Estos, á la sazón, le convencieron de que el emperador no era un monarca en toda la extension de la palabra, sino que era para los miembros del imperio lo que los cónsules de la Roma antigua eran para el Senado, lo que el dux de Venecia para el consejo de aquella república ó el obispo para su cabildo. No pudo refutar Lute-